

La Comunidad

— Hermano, se que tienes un grave problema. Detende un momento y presta atención a aquel que puede tenderte la mano.

¡ Que susto !. Parece que este tipo de las barbas se dirige a mí. Hoy en día hay cada loco suelto que es algo bárbaro.

— He buscado mucho, durante mucho tiempo y en muchos sitios hasta que encontré la paz interior. Hasta que descubrí que solo el amor puede llevarnos a la felicidad. . .

— ¿ Qué ?, ¿ cómo ? . . .

— . . . y se que tú estás descontento con la vida que llevas. Veo que ibas a entrar en el metro, te acompaño hermano.

habíamos entrado en el metro con tal sorpresa de mi parte que no sabía que decirle. De pronto alguien interrumpió mis pensamientos.

— Mismo precio que en taquilla— gritó un reventa.

— ¡ Ya tenemos billete ! — coreamos el desconocido y yo. Este incidente le dió nuevos bríos para continuar su perorata.

— Permíteme que me presente. Me llamo Gilo. Antes me conocían por Macario Pérez, pero decidí cambiarme el nombre cuando me hice un hermano más de la Comunidad.

— Ah ya, acabáramos. Es decir que tú eres uno de. . .

— No debes tener prejuicios sobre nosotros. Lo único que quiero que comprendas es la enorme paz que siento, la grandiosidad de la naturaleza y que con comprensión de la vida interior de cada uno, de la naturaleza auténtica de cada uno, podemos alcanzar unas metas que de otro modo nos estarían vedadas.

Llegamos al andén de la estación y le seguí escuchando no sin cierto interés.

— Me gustaría que conocieses más a fondo la Comunidad.

En aquel momento apareció el tren saliendo del tunel y dije:

— ¡ Abajo ! — Y le empujé con todas mis fuerzas a la vía, justo cuando pasaba el tren. Este pasó por encima de Gilo convirtiéndole en una auténtica escabechina. Decidí desaparecer de allí en los primeros instantes de confusión.

Aunque no tengo nada personal contra la Comunidad, tengo que reconocer que nos han estado quitando la mayoría de los acólitos en estos últimos años. Y todo el mundo sabe que nosotros fuimos los primeros y auténticos que descubrimos que el amor puede llevarnos a la felicidad y que solo la naturaleza nos da una visión exacta de la obra de Dios.

Es cierto, lo reconozco . . . Soy un niño de Dios

Gral Custer Muster

1995

Ayer Jorge Andrés pasó una vergüenza terrible. . . El llegaba como todos los días a las 8.30 en punto de la mañana a la Escuela y su nombre estaba allí, brillando, expuesto a los ojos de todos, en el Cuadro de Horror. Se quedó anonadado frente al visor que seguía parpadeando su nombre en leds rojos. MENDEZ CALADO, JORGE ANDRES 6.º A N.º 21 PLAN 84 — REMODELADO.

Ya otras veces se había visto en el Cuadro de Horror, pero hasta ahora únicamente en listas generales, aquellas en las que aparecían todos los alumnos que obtenían calificaciones inferiores al 3. Pero así, especialmente destacado en letras luminosas nunca, nunca había caído tan bajo.

Diríase que su propio color ya de por sí pálido se tornó aún más blanquecino, casi transparente, tan solo el encendido ardor que se le acumulaba en las orejas, hacían resaltar estos apéndices como si de semáforos se tratara. Sentía ahora un ligero temblor en sus rodillas, mientras que a su alrededor llegaban nuevos alumnos llamados por el parpadeo de las letras. Antes de que pudieran iniciarse los comentarios Jorge Andrés, forzó el gesto y continuó su camino hacia su aula.

Allí ya le esperaba en la puerta el Comité de Faltas y Disciplina de Alumnos, él ya suponía la causa de todo aquello, pero jamás pensó que dejarle los resultados del trabajo de Econometría a Alberto Florón Sigüenza le causaría tan gran baldón y vergüenza.

— ¿ Sabes por qué te encuentras en esta situación ? —le dijo su compañero de clase y ahora presidente del Comité de Faltas—.

— Creo que sí —respondió J. A. mirando con desgana la punta de sus zapatos—.

— Se te acusa de haber alterado la justa y correcta calificación de otro alumno al facilitarle los resultados de tu trabajo ya corregido y calificado. —peroró un segundo componente del Comité como leyendo un informe oficial—.

J. A. solo movió la cabeza de un lado a otro encogiéndose de hombros con un gesto de impotencia.

— Eres un verdadero escándalo para los estudiantes —se quejó el tercero— Si aún fueses de los primeros cursos, pero a estas alturas. ¡ Es increíble ! Acaso no sabes que en esta Escuela no se permiten las ayudas, el que está capacitado vence las pruebas y saldrá de aquí como lo que es, un verdadero profesional, pero aquel que no sea capaz ha de ser apartado, no podemos permitir que sigan adelante las medianías.

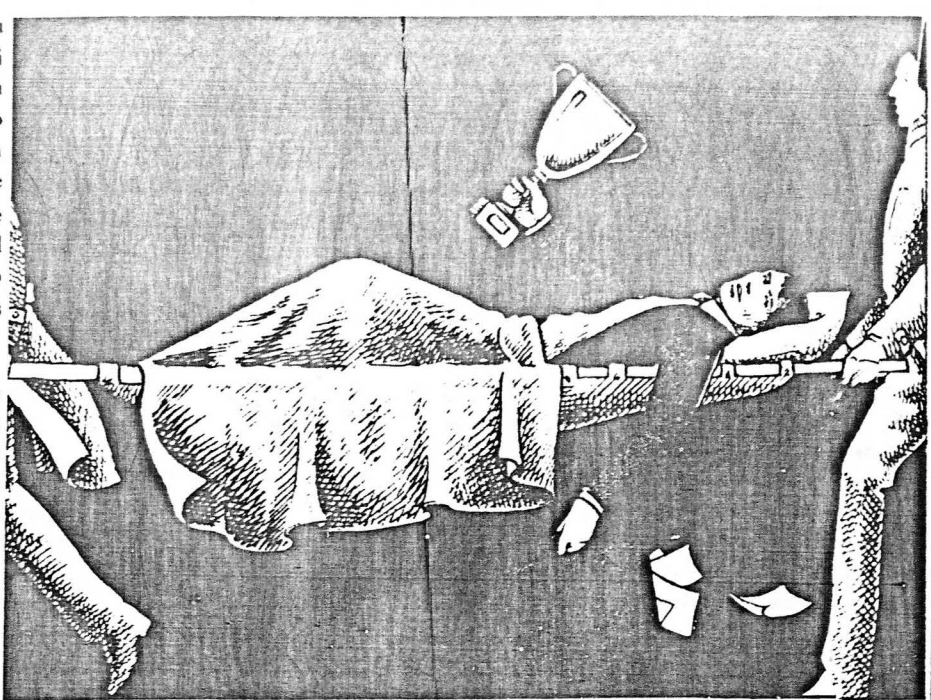
— Y menos a quien las transija. —concluyó el presidente— Ya conoces las reglas, pasarás a la situación H en la clase durante el próximo trimestre. Queda cerrado este expediente que ya hemos robado demasiado tiempo a la clase hoy.

El Comité se autodisolvió. J.A. cabizbajo fue camino de su situación H. Durante los próximos tres meses ocuparía una mesa de la última fila apartado del resto de los alumnos. Todos los demás se encaminaban presurosos a sus respectivos asientos de la clase, algunos se volvían a mirarlo entre recelosos y enfadados.

Entre los de las filas más retrasadas abundaban las sonrisas y los cuchicheos referentes a su persona y observó con cierto desprecio a Lorenzo que fue a ocupar con avidez el lugar que le había correspondido a él hasta aquella mañana.

Desvió la vista hacia las mesas más próximas a la pantalla que en la pared del fondo presidía la clase y allí se encontraban, ahora desde mas atrás lo notaba mejor, los cráneos más voluminosos, Nistal, Sánchez, Panizo. . Algunos de ellos giraban en sus sillas y le lanzaban feroces y hoscas miradas.

Jorge Andrés trataba de explicarse a sí mismo ese odio que fluía hacia él como si de un sumidero se tratase. Conocía la existencia de las reglas que le habían llevado a aquella situación, pero no alcanzaba a entender el por qué de esas reglas. Desde luego sabía que a medida que se fueron implantando entre el alumnado, se iba elevando el nivel de las clases y de los conocimientos adquiridos, pero había oído comentarios de alumnos más experimentados que recordaban otros tiempos en los que en la Escuela se hacían otras muchas cosas además de estudiar y



no comprendía el por qué de que desaparecieran ese tipo de actividades sin dejar rastro, ni el por qué sólo se conocieran los compañeros de los mismos grupos y aún con estos luchar como una fiera para superar sus puntuaciones y, en fin, que fueran los propios alumnos los que exigieran que aumentara el rigor de las asignaturas.

Un poco más allá estaba también Figueroa, tal vez fuese la cabeza más grande de toda la clase, que sobre ese punto siempre existía polémica, pero se comentaba de él que no era como los otros, que no sabía aprovechar totalmente su capacidad. También Figueroa se había vuelto a mirar a J. A., pero su mirada era distinta, arrojaba por su delicadeza y parecía decir desde la distancia “ Animo, no estás solo, de alguna forma estoy contigo ”.

J. A. tomó aliento y realmente pensó que nunca se está totalmente solo.

En ese momento irrumpió el profesor en la estancia. Rápidamente dos o tres alumnos se levantaron y le comentaron algo sobre J. A. pues el grupo volvió los ojos hacia él. Seguidamente el profesor continuó hasta subir al estrado. Aquel hombre sí que debía de ser un verdadero genio, su cabeza eran tan voluminosa como tres de sus alumnos juntas, por lo que siempre había infundido un gran respeto a los que seguían sus clases y le tomaban como ejemplo al cual semejarse. También él clavó la mirada en la mesa aislada y acusatoria de J. A. y éste se sintió cohibido como ante un poder sobrena-

tural. Más por forzar la atención en el fondo de la clase el catedrático descuidó el equilibrio de su cuerpo. Ante la expectación general vaciló sobre una de sus piernas y arrastrado por la inercia de su cabeza perdió la verticalidad. Se hubiera golpeado contra el suelo de no ser por su “screen-seat” que le recogió en su caída.

Visiblemente incomodado recompu-so su figura e inició su disertación, la atención de los oyentes se centró inmediatamente en sus palabras y en las imágenes que se presentaban sobre el blanco de la pantalla. En unos segundos solo se escuchaba su voz y el zumbir de los microprocesadores que usaban con pericia los alumnos. Los más aventajados se habían liberado de la molestia de llevar aquellos aparatos de un lugar a otro, mediante una sencilla operación subcutánea en la frente que les mantenía al próximo alcance de sus neuronas maravillosas de la microelectrónica.

Jorge Andrés no estaba atendiendo a la clase ni a las explicaciones, sólo sentía un rumor que le daba vueltas en la cabeza y pensaba sobre algo que transcendía mas allá de aquellas cuatro paredes y que ahora presentía más importante que la sensación cierta de que el volumen de su cabeza decrecía por momentos.

A mis compañeros y sin embargo amigos que no son como los del cuento.

Benito Mayoral

1995